



Agamenón

Lucio Anneo Séneca

Agamenón

Lucio Anneo Séneca

Colección
[Clásico](#)



www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de cubierta: Daniela Ferrán
Diagramación de interiores: Javier Furlani

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
© LibrosEnRed, 2011
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

ÍNDICE

Personajes	5
(Prótasis). Acto primero	6
Acto segundo	8
Acto tercero	14
Acto cuarto	21
Acto quinto	23
Acerca del autor	27
Editorial LibrosEnRed	28

PERSONAJES

LA SOMBRA DE TIESTES

AGAMENÓN, rey de Micenas

CLITEMNESTRA

CASANDRA, profetisa, hija del rey PRÍAMO

EGISTO

ELECTRA, hija de AGAMENÓN

ESTROFIO

La NODRIZA de CLITEMNESTRA

EURÍBATES, heraldo de AGAMENÓN

EL CORO

Personas mudas

ORESTES, hijo del rey

PÍLADES, hijo de ESTROFIO

(PRÓTASIS). ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Es de noche

LA SOMBRA DE TIESTES: Dejando las opacas mansiones del infernal Plutón, saliendo del profundo Tártaro, vengo a este palacio, sin saber cuál de los dos lugares aborrezco más. Soy Tiestes, huyo de la tierra, huyo de los infiernos. ¡Ay! me horrorizo y el pavor sacude mis miembros. Veo la casa de mi padre ¡la casa de mi hermano, también! Este es el umbral de la antigua casa de Pélope. Aquí acostumbran los Pelasgos ofrecer sacrificios por la prosperidad del rey, aquí se sientan los varones esclarecidos, cuya mano empuña el cetro. Este es el lugar donde se reúne el senado, este es el sitio destinado a los convites. Quiero volverme. ¿No es mejor habitar en las orillas del triste lago? ¿No es mejor ver al custodio de la laguna Estigia sacudiendo las negras guedejas de su triple cuello? En el Averno es donde Ixión, encadenado a la veloz rueda, da vueltas sobre sí mismo; allí es donde Sísifo se fatiga en vano, levantando la piedra, que cae hacia atrás, tantas veces; allí roe el buitre voraz las entrañas de Ticio; allí Tántalo, devorado por una sed abrasadora, acerca sus labios secos a la corriente fugaz. De esta manera lo castiga el cielo por el nefando convite que dio a los inmortales. ¿Cuál es la parte que tuvo aquel anciano en nuestra culpa? Consideremos a todos los malvados cuyos nombres agita en su urna el severo rey de Creta. (Minos). Yo, Tiestes, he vencido en maldad a todo mi linaje, yo fui vencido por mi hermano, que me hizo devorar a tres hijos míos. ¡Devoré mis propias entrañas! Por fin la inconstancia de la suerte me da algún reposo, después de tantos males. Aquel rey de los reyes, aquel Agamenón, capitán de los capitanes, cuyas banderas siguieron mil naves, que cubrieron el mar de Troya con sus velas, rendida ya Ilión, después de dos lustros, viene a morir por el hierro de su esposa. Ya, ya, nadará el palacio en la sangre de uno de los dos. Veo las espadas, las segures, los dardos, la cabeza del rey separada del tronco por el golpe del hacha. Ya se acercan los crímenes, la traición, la matanza, la sangre. Ya se disponen las mesas del festín. Ven, Egisto, hoy es el día de tu natalicio. ¿Por qué se pinta el rubor en tu semblante?, ¿por qué tiembla tu mano, y no se atreve a descargar el golpe?, ¿por qué meditas, dudas y te

preguntas a ti mismo si esto es o no lícito? Mira a tu madre, dice que sí. Mas, ¿cómo es tan larga una noche de verano? ¿Cómo se detienen las estrellas en su ocaso? Mucho tarda el sol; restituye, oh, Titán, la claridad al día.

ESCENA SEGUNDA

EL CORO: ¡Oh, fortuna engañosa de los reyes! ¡Cómo los precipitas, después de ponerlos en la cumbre! Nunca los que empuñan el cetro han podido tener descanso tranquilo, ni estar seguros del día venidero.

Unos cuidados se suceden a otros, una tempestad trae otra que atormenta sus ánimos. No se enfurece tanto el mar en las Sirtes de la Libia, levantando sus olas hasta el cielo. No ruge tanto, conmovido desde lo más profundo de sus arenas, el Ponto Euxino, cercano al helado polo, donde Bootes dirige sin temor su carro luciente por las cerúleas aguas. Con más rapidez derriba a Fortuna, desde su alto asiento, a los soberbios reyes. Temen y desean a la vez. No encuentran reposo seguro en las tinieblas de la noche, no alivia sus fatigas el sueño, adormecedor de los cuidados. ¿Qué alcázares no ha derribado el furor de los monarcas o el de los pueblos? ¿Qué reino no han destruido las impías armas? La justicia, el pudor y la sagrada fe del matrimonio huyen de las casas reales. Solo habitan en ellas la triste Belona, de sangrientas manos, la cruel Erinnis, que abrasa a los soberbios y mora siempre en los excelsos palacios, que la Fortuna derriba en un momento desde lo alto, para convertirlos en polvo. Sin armas, sin traiciones, se destruyen por su propio peso y la Fortuna cede a su misma pesadumbre. Las velas hinchadas por el favorable Noto temen más que nunca la furia de los vientos. La lluvia azota más a la torre, que esconde entre las nubes su cabeza. El bosque sombrío ve romperse con más facilidad los altos robles. El rayo hiere las más elevadas cumbres. El cuerpo más robusto está predispuesto a mayores enfermedades. Entre los ganados que vagan por los pastos, se escoge para el sacrificio la cerviz más alta. (Corrige: Mientras los ganados viles corren seguros por los campos, se escoge para el sacrificio la cerviz más erguida). La fortuna derriba las cosas grandes con más facilidad que las pequeñas. Es más larga la vida del que, feliz en medio de la plebe, goza la fresca brisa de las costas y temeroso de entregar a las iras del ponto su navecilla, cultiva la tierra con un remo más seguro.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Clitemnestra. Su nodriza

CLITEMNESTRA: ¿Por qué tan pusilánime rechazas el consejo más seguro? ¿Por qué dudas entre la esperanza y el temor? No te queda ya otro camino, todos están cerrados. En otro tiempo pudiste conservarte fiel al tálamo honesto de Agamenón y a su noble cetro. Perecieron las buenas costumbres, la justicia, la honra, la piedad, la fe y el pudor, que nunca vuelve, una vez perdido. Suelta los frenos y despéñate a todo género de maldades. Con crímenes se abre un camino seguro para otros crímenes. Medita ahora los engaños femeniles, lo que se ha atrevido a hacer una esposa pérfida o una cruel madrastra, lo que hizo, con su antorcha impía, la irritada doncella que huyó del reino de Tásis, en la Tesalia nave. El hierro, los venenos, huir, en fugitiva nave, del palacio de Micenas, unida al adúltero Egisto. ¿Por qué hablas de tímidos engaños, de destierro, de fuga? Tu hermana hizo esto; tu debes excederla en crímenes.

LA NODRIZA: ¡Oh, reina de los Dánaos, inclita hija de Leda! ¿Qué meditas? ¿Por qué estás con aire tan pensativo y sin saber qué partido tomar, manifiestas en tu rostro la agitación de tu alma? Aun cuando estés en silencio, tu frente manifiesta tu dolor. Sea lo que quiera, piénsalo despacio. Lo que no puede la razón, lo ha hecho muchas veces la tardanza.

CLITEMNESTRA: Mayores son mis tormentos que lo que puedo sufrir. Las llamas abrasan mis médulas y mi corazón. El temor, unido al dolor, me pone espuelas; la envidia agita mi pecho. El torpe deseo oprime mi corazón y no puedo vencerlo. Y en medio de este fuego, que me devora sin cesar, el pudor, cansado, vencido y condenado, se rebela todavía. Estoy agitada por diversas tempestades. Y cuando me arrebatara a un lado la corriente y me arrastra a lo profundo el viento, la ola incierta no sabe a cual de las dos fuerzas ha de rendirse. Por eso he soltado el timón de las manos, y me dejo llevar a donde me arrastran alternativamente la ira, el dolor y la esperanza. Abandono mi nave a merced de los vientos. Cuando el ánimo yerra, lo mejor es seguir la fatalidad, que nos domina.

LA NODRIZA: Ciega es la temeridad, que se abandona a merced del destino.

CLITEMNESTRA: El que se encuentra en el último extremo ¿por qué ha de dudar?

LA NODRIZA: Segura está y oculta la culpa que es la causa de tu dolor.

CLITEMNESTRA: Pronto se descubren los vicios en las casas reales.

LA NODRIZA: ¿Te arrepientes del primer crimen y meditas ya otro nuevo?

CLITEMNESTRA: Cosa necia es por cierto la moderación en los delitos.

LA NODRIZA: El que oculta una maldad con otra aumenta sus temores.

CLITEMNESTRA: El hierro y el fuego sirven muchas veces de medicina.

LA NODRIZA: Nadie intentó lo último antes que lo primero.

CLITEMNESTRA: En los males debe elegirse el camino más corto.

LA NODRIZA: En ti se refleja el sagrado nombre de tu marido.

CLITEMNESTRA: Hace diez años que me dejó viuda ¿y todavía he de mirarlo?

LA NODRIZA: Acuérdate de las prendas que te dejó su amor.

CLITEMNESTRA: También me acuerdo de las teas nupciales de mi hija y de mi yerno Aquiles. Cumplió lo que debía a una madre.

LA NODRIZA: Aquel sacrificio permitió salir a la armada después de tan larga tardanza y agitó el mar, tanto tiempo en quietud.

CLITEMNESTRA: Me avergüenzo, me arrepiento de que una doncella, descendiente del celeste Tíndaro, fuese ofrecida en sacrificio por la armada dórica. Se estremece mi ánimo al recordar el tálamo nupcial de la princesa, ¡tálamo digno de la casa de Pélope!, cuando estuvo en pie frente al altar el sacrílego padre y hasta el mismo Calcas se estremeció al escuchar la respuesta del oráculo y al ver la llama, que se retiraba. Esta familia se excede a sí misma en crímenes. Con sangre compramos los vientos, con muerte la guerra.

LA NODRIZA: Pero se dieron a la vela mil naves.

CLITEMNESTRA: No salió la armada, bajo la protección de los Dioses. Áulide arrojó de su puerto las impías naves. Con tan tristes agüeros, empezó la guerra con escasa fortuna. Encendido Agamenón en amor a su cautiva, sin ablandarle los ruegos ni las plegarias, retuvo los despojos del sacerdote de Febo, ardiendo ya en deseo de la sagrada doncella. No pudo rendirle el indómito Aquiles con sus amenazas, ni aquel Augur, fiel a nosotros, único que ve las cosas futuras, ni el pueblo triste, ni las encendidas hogueras. En medio de la destrucción y el estrago de la Grecia moribunda, vencidos

sin enemigos, se entrega a nuevos amores, para no carecer nunca de una cautiva extranjera. Ama a Briseida, esclava de Aquiles y no se avergüenza de arrancarla de la tienda del hijo de Peleo. ¡He aquí al enemigo de Paris!, ahora, herido de nuevo por las flechas de Cupido, arde furiosamente en amores por la frigia profetisa y después de los trofeos de Troya y de la destrucción de Pérgamo, vuelve marido de su cautiva y yerno de Príamo. Alienta, corazón mío; una guerra sangrienta me espera. Debo anticiparme a su maldad. ¡Perezosa!, ¿qué día esperas, cuando las hijas de Ilión empuñan el cetro? ¿O te detienen tus hijas que han de quedar huérfanas, u Orentis, igual a su padre? ¿Las desgracias venideras de estos han de moverte a compasión? ¡Qué torbellino de infortunios me amenaza! ¿Por qué cesas, desdichada? Cerca viene una madrastra cruel para tus hijos y si no puedes otra cosa, atraviésate el pecho con la espada y morid los dos a la vez. Mezcla la sangre y muere, matando a tu esposo. La muerte no es una desgracia, cuando se muere matando un enemigo.

LA NODRIZA: ¡Oh, reina!, refrénate y detén tus ímpetus. Piensa la empresa que vas a acometer. Viene el vencedor del Asia guerrera, el vengador de Europa, trayendo cautivos a los vencidos defensores de Pérgamo y de la Frigia. Y ahora ¿quieres tú matarlo a traición? Al rey de los reyes, a quien respetó la espada de Aquiles, aunque levantó iracundo la mano contra él; a quien no pudo vencer Áyax de Telamón, furioso por su decretada muerte, ni Héctor, única esperanza de los troyanos, ni los certeros dardos de Paris, ni el negro Memnón ni el Janto que arrastraba en sus ondas cadáveres y armas ni el Simoente rojo con la sangre derramada en el combate, ni Cigno blanco hijo del dios del mar, ni la falange tracia, ni el belicoso Reso, ni la Amazona de pintada aljaba y mano, armada con la segur. ¿A este quieres asesinar cuando vuelve a su casa y manchar las aras con su impía muerte? ¿Dejará impune este crimen la vengadora Grecia? Recuerda el mar, cuajado de naves, los caballos, las armas, el suelo teñido en noble sangre, los hados funestos de la vencida Troya, los palacios abrasados por el fuego de los Dorios. Reprime tus pasiones feroces y calma tú misma la agitación de tu mente. (*Vase la nodriza*).

ESCENA SEGUNDA

Egisto y Clitemnestra

EGISTO: Llega el momento fatal, de que tanto se horroriza mi ánimo. ¿Por qué desmayas, corazón mío? ¿Por qué depones las armas al primer encuentro? Te amenaza la perdición. Los dioses crueles meditan hados

terribles. Dobla tu abatida cabeza a todos los suplicios y espera con firme pecho el hierro y el fuego.

CLITEMNESTRA: ¡Oh, Egisto!, no es pena morir después de haber tenido tal nacimiento.

EGISTO: Tú, hija de Leda, compañera en mis peligros, acompáñame tan solo, rendirá su vida a tus pies ese rey cobarde y padre fuerte. Mas ¿por qué tiemblos? ¿Por qué palideces e, inclinando el rostro, guardas silencio?

CLITEMNESTRA: El amor conyugal me vence y me hace retroceder. Volvamos al lugar de donde nunca debimos salir, respetemos ahora la casta fe porque nunca es tarde para arrepentirse y el que se arrepiente de haber pecado está cerca de la inocencia.

EGISTO: ¿Qué dices, loca? ¿Crees o esperas que te ha de ser fiel tu marido? Aunque no hubiese nada que aumentase nuestros temores, la Fortuna sola, la Fortuna soberbia y que nunca sabe permanecer en un mismo estado, dándole sobrados alientos, aumentaría su orgullo. Existiendo Troya todavía, fue su mando muy gravoso a sus compañeros. ¿Crees que no se habrá endurecido su áspera y brava condición con la toma de Pérgamo? Fue rey de Micenas, ahora será un tirano; la prosperidad altera los ánimos. ¡Qué multitud de esclavas lo rodea! pero entre todas brilla y domina al rey la profetisa del verídico Dios. ¿Sufrirás que una consorte vencida ocupe el tálamo de tu esposo? Ella no querrá, dices. El mayor mal de una esposa es tener a la vista una esclava que posea la casa de su marido. Ni el reino ni las teas nupciales pueden sufrir compañero.

CLITEMNESTRA: ¡Oh, Egisto!, ¿por qué me precipitas al mal? ¿Por qué vuelves la llama casi apagada? Se permitió algo el vencedor con su cautiva. Una mujer y una reina no puede sufrir esto. Una ley tiene el solio, otra tiene la familia. ¿Cómo me he de quejar de las severas leyes de mi esposo, cuando me acuerdo de lo que yo misma he cometido? Bien puede perdonar el que necesita de perdón.

EGISTO: Así es; debéis perdonaros mutuamente. ¿Desconoces los antiguos derechos de los reyes? Jueces malignos para nosotros, indulgentes para sí. Juzgan que el mayor privilegio del trono es hacer ellos solos lo que a nadie es lícito.

CLITEMNESTRA: Menelao perdonó a Helena y la trajo en su compañía. ¡A Helena, que causó tantos males a Europa y a Asia!

EGISTO: Es verdad, pero Menelao no amó a ninguna de sus cautivas ni rompió la fe jurada a su esposa. Agamenón busca ya crímenes de que acusarte y dispone pretextos. No creas que es torpe nada de lo que has hecho. ¿De

qué sirve una vida honesta, sin infamia, cuando el señor aborrece? Aunque fueses inocente, buscaría de qué acusarte. Volverás a Esparta, despreciada por un rey tan grande, prófuga de tu patria y de tu casa; no tienen buen éxito los repudios de los reyes. Con falsas esperanzas entretienes el miedo.

CLITEMNESTRA: Nadie sabe mis delitos, más que uno, que me es fiel.

EGISTO: Nunca la fidelidad ha pisado los umbrales de los reyes.

CLITEMNESTRA: Compraré con el oro esa fidelidad.

EGISTO: El silencio comprado con oro se rompe con el mismo metal.

CLITEMNESTRA: Todavía me queda un resto de pudor. ¿Por qué gritas? ¿Por qué me das con blanda voz malos consejos? ¿Me he de casar yo contigo? ¿Yo esposa del rey de los reyes, yo noble, con un desterrado?

EGISTO: Y ¿por qué he de ser yo inferior al hijo de Atreo, yo hijo de Tiestes?

CLITEMNESTRA: Y si te parece poco, añade nieto.

EGISTO: Soy descendiente de Apolo, no me avergüenzo de mi linaje.

CLITEMNESTRA: ¿A Febo llamas autor de tu nefanda estirpe? ¿A Febo, a quien arrojaste del cielo haciéndole tomar sus frenos en medio de la noche? ¿Por qué deshonras a los dioses, tú que solo sabes asaltar los lechos conyugales, tú conocido solo por tus horribles vicios? Lejos de aquí, lleva contigo, lejos de mi vista, la afrenta de esta casa esclarecida. Voy a recibir a mi marido y a mi rey.

EGISTO: No es nuevo para mí el destierro, estoy acostumbrado a los males. Si lo mandas, tú, ¡oh, reina!, no solo saldré de este palacio y de Argos, sino que sin tardanza, a una señal tuya, me atravesaré el pecho con esta espada.

CLITEMNESTRA: ¿Yo, hija de Tíndaro, he de consentir esta crueldad? La que peca contra su voluntad debe ser fiel hasta en la misma culpa. Ven conmigo, para meditar juntos el dudoso y amenazador estado de nuestras cosas.

CORO DE ARGIVOS: Canta, ¡oh, ínclita juventud!, a Febo. La festiva multitud adorna con guirnaldas tu cabeza. Por ti sueltan sus cabellos virginales las hijas de Inaco sacudiendo el sagrado laurel. Tú también, escuadrón tebano, acompaña nuestros coros. Seguidnos, vosotros, los que bebéis las heladas fuentes del Erasino, los que habitáis en las verdes riberas del Eurotas y del Ismeno. La profetisa Manto y el adivino Tiresias os enseñaron a honrar a los dioses, hijos de Latona. Oh Febo, vencedor, afloja tu arco, porque ya tenemos paz, depón la pesada aljaba y los veloces dardos y resuene pulsada por tu mano la cítara sonora. No alces el canto ni entonces el himno guerrero, sino la blanda canción, que oye con agrado la docta Musa que juzga tus

versos. Resuene el cántico de la victoria, como cantabas, cuando los Dioses vencieron con el rayo a los Titanes o cuando los altos montes puestos unos sobre otros abrieron camino a los atroces monstruos. El Pelion fue colocado sobre la Osa, el pinífero Olimpo oprimió a los dos con su peso. Ven, oh regia Juno, hermana y esposa del Tonante, compañera de su cetro. Nosotros, los hijos de Micenas, adoramos tu nombre y te levantamos altares. Tú sola proteges a Argos, pueblo humilde y venerador de tu deidad. Tú gobiernas la paz y la guerra, tú vencedora recibes ahora los laureles de Agamenón, por ti (en honor a ti) resuena la flauta de boj. Por ti hilan sus telas las doncellas, aliviando el trabajo con blandos cantares. En honor tu honor, suspenden en los templos las matronas griegas sus lámparas votivas. En tus aras es sacrificada la blanca novilla, que aún no ha sufrido el peso del arado ni tiene en su cuello la señal del yugo. Y tú, ínclita Palas, hija del Tonante, tú que tantas veces asaltaste, armada con tu lanza, las torres de Pérgamo... En tu honor entrelazan sus coros las matronas y las doncellas y abre los templos el sacerdote al acercarse el día. Por ti, viene coronada de flores la ardiente juventud, a ti ofrecen sus votos los cansados viejos, que han recorrido felizmente el curso de sus días y hacen libaciones derramando el vino con mano trémula. A ti, oh, Diana, consagramos también nuestras aras, tú, Lucina, mandas estar fija a la materna Delos, arrastrada antes aquí y allí por los vientos, que soplan entre las islas Cícladas. Ahora, estable ya, tiene fijas sus raíces en la tierra, desprecia las tempestades y detiene las naves, que antes navegaban sin obstáculos. Tú, vencedora, cuentas la muerte de la madre de Tántalo. Hoy solo queda un lloroso peñasco en la cumbre del Sipilo y todavía derraman nuevas lágrimas los mármoles antiguos. A las dos deidades hermanas, ofrecen sus votos hombres y mujeres. Y tú sobre todos, padre y rey, poderoso con el rayo, tú, a cuyo ceño tiemblan a la vez los dos polos del mundo, oh, Júpiter, autor de nuestro linaje, acoge propicio nuestros votos y mira a tus nietos, que no han degenerado de ti.

Mas he aquí que se dirige hacia el palacio, con paso acelerado, un guerrero, seguido por la multitud. Es mensajero de alegría. Lleva una hoja de laurel en el hierro de su lanza. Es Euríates, el heraldo siempre fiel de Agamenón.

Fin del acto segundo

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Euríbates y Clitemnestra

EURÍBATES: Me postro humilde ante los templos y los altares de los dioses. Tras larga ausencia vuelvo a ver los patrios lares. Apenas me atrevo a creerlo. Ofreced sacrificios a los dioses, vuelva el glorioso triunfador de la tierra Argólica. Ya torna a sus Penates el vencedor Agamenón.

CLITEMNESTRA: Ha llegado la nueva feliz a mis oídos. ¿Dónde se ha detenido mi esposo, por quien tanto he llorado hace diez años? ¿Está en el mar o en la tierra?

EURÍBATES: Salvo, lleno de gloria, vencedor ínclito, fija su planta en la tierra que tanto ha deseado.

CLITEMNESTRA: Ofrezcamos sacrificios en tan próspero día, a los dioses propicios, pero tardos. Tú, dime si vive el hermano de mi marido. Dime, también, dónde está mi hermana.

EURÍBATES: Mejor suerte que ellos deseo y pido a los dioses, pues la inconstancia de la suerte no me permite decírtelo con certeza. Una tempestad dispersó la armada. Las naves se perdieron de vista unas a otras. El mismo Atrida, errante por el inmenso piélago, padeció mayores males en el mar que en la tierra y vuelve como un vencido, con pocas y destrozadas naves, restos de tan grande escuadra.

CLITEMNESTRA: Dime ¿qué huracán desbarató nuestra flota? ¿qué tempestad dispersó a los jefes?

EURÍBATES: Triste narración me pides; infausta noticia me mandas mezclar con las alegres nuevas. Mi ánimo triste rehúsa hablar y se horroriza de tantos males.

CLITEMNESTRA: Habla. El que rehúsa oír sus infortunios aumenta el temor; los males dudosos atormentan más.

EURÍBATES: Después de que Pérgamo fue destruida por el hierro y el fuego de los aqueos y se repartieron los despojos, nos embarcamos con preste-

za. El soldado quitó de su cinto la espada, las naves iban llenas de escudos arrojados al fondo de la embarcación, las manos guerreras empuñaban el remo y nos parecía que tardábamos en salir del puerto. Apenas se desplegó en la nave real la señal de retirada y la sonora trompeta animó a los lentos remeros, la dorada proa señaló el camino y abrió la senda que habían de recorrer mil naves. Entonces el viento, suave al principio, impulsó los barcos, las ondas casi tranquilas se estremecieron al blando aliento del céfiro. Nuestras velas cubrieron el mar. Veíamos alegremente las desnudas playas de Ilión y las solitarias costas del Sigeo, abandonado. La ardiente juventud se precipitaba a levantar los remos, ayudando a los vientos con sus manos y moviendo a compás los robustos brazos. Temblaba el mar surcado y rechinaban los costados de las embarcaciones; el cerúleo mar levantaba blancas espumas. Cuando el viento hinchó con fuerza nuestras velas, depusimos el remo y confiamos la nave a merced de los vientos. Los soldados tendidos en los bancos señalaban las costas, que huían de nosotros, a medida que se apartaban nuestros bajeles. Otros contaban las guerras, las amenazas del fuerte Héctor, su carro y su cadáver restituido por Aquiles a ruegos de Príamo. Recordaban el altar de Júpiter Herceo, teñido con la sangre del rey. Otros jugaban con la salada espuma y abriendo la palma de la mano, dejaban pasar por ella el agua del mar. El pez tirreno salta, se enrosca, da vueltas y nada al costado de la embarcación, contento de seguir las naves y antecederlas alguna vez. Ya se divierte en tocar las primeras proas, ya rodea y acompaña a la milésima nave. Poco a poco se ocultaban a nuestra vista la costa y los campos, ya aparecían las altas cumbres del monte Ida, ya se descubrían las ruinas humeantes de Troya, a donde todos dirigíamos con ansiedad la vista. Ya el sol desataba los frenos de sus dorados caballos, ya aparecían las estrellas y se ocultaba el día. Una nubecilla, aumentándose hasta formar un negro globo, mancha la brillante cabellera de Febo al caer. El dudoso Ocaso hizo sospechosos los mares. La prima noche había llenado el cielo de estrellas, las velas estaban tendidas a merced del viento. Entonces resonó en las cimas de los collados un sordo rumor que amenazaba mayores males y en un largo trecho gimieron los peñascos de la costa. Las agitadas olas se hinchan al sentir los primeros impulsos del viento. Entonces la luna se ocultó de improviso y desaparecieron las estrellas. Las olas llegan hasta el cielo; a una noche sucede otra más oscura. Las densas tinieblas cubren el firmamento y desterrando toda claridad, ocultan a la vez el mar y el cielo. Por todas partes acometen a la vez y trastornan (alteran) el ponto, desde sus más profundas arenas, el Céfiro, contrario del Euro, y el Bóreas, enemigo del Noto. Cada uno lanza sus saetas y convierten el mar en campo de batalla. El torbellino agita las olas. El Aquilón Estrimonio sacude los nevados montes y el Austro agita las arenosas Sirtes de la Libia. Y no es solo

el Austro, el Noto lanza espeso granizo y acrece las aguas con la lluvia. El Euro conmueve al Oriente, sacudiendo los reinos Nabateos y los senos de la Aurora. El Coro se precipita espumoso al Océano. Creerías que el mundo era desquiciado de sus eternos ejes, que los mismos dioses caían del alto cielo y que el negro Caos había introducido el desorden en la naturaleza. La corriente resiste al viento y el viento hace retroceder a la corriente. No cabe en sí mismo el Océano. La lluvia y el mar mezclan sus aguas. Ni siquiera tuvimos en nuestros peligros el alivio de saber de qué modo íbamos a perecer. Las tinieblas oscurecen la luz y a esta sucede la noche infernal de la cruel Estigia. Solo brillan los relámpagos y el rayo desciende veloz, cortando las nubes y a los infortunados les alegra tan siniestra luz. Las proas vienen a chocar con las proas, los costados con los costados. El mar, hendiéndose, arrastra una nave a lo profundo, la devora y vuelve a arrojarla en alta mar. La una confía en su peso, la otra entrega a las ondas su lado abierto, a la otra la cubre la décima ola. Otra, destrozada y quebrantados todos sus palos, flota todavía. No la bastan las velas ni los remos ni el recto mástil, sostiene las altas entenas, sino que, rota la nave, sobrenada en el mar Jonio. Nada pueden la razón ni la experiencia en tan grandes y repetidos males. El horror paraliza los miembros; los navegantes atónitos dejan escapar el remo de las manos. El último temor los obliga a recurrir a los votos y lo mismo ruegan a los dioses los griegos que a los troyanos. ¡Tanto puede la desgracia común! Ulises envidia a Ayace, el menor de los Atridas, a Héctor, Agamenón a Príamo. Lllaman *feliz* a todo el que yace en los campos de Ilión, al que pudo morir combatiendo, porque su fama vive después que vencido y cubre la tierra su cuerpo. ¿Perdonarán el ponto y las olas a los que nunca intentaron nobles hazañas? ¿Los hados enemigos perseguirán a los varones fuertes? Vergonzosa es esta muerte. ¡Oh, tú, cualquiera que seas de los inmortales, calma por fin tu indignación; la misma Troya lloraría nuestra desgracia! Y si es que todavía dura tu odio y quieres destruir la gente Dórica, ¿por qué has de arrastrar en su caída a los troyanos, que navegan con nosotros? Contén la furia del mar; esta armada conduce frigios y argivos a la vez. Nada más pudieron decir; el bramido del mar apagó su voz. Un nuevo peligro nos amenaza. Palas, armada con el rayo del airado Júpiter, intenta todo lo que puede hacer con la fulminante lanza, con la égida, con la cabeza de la Gorgona o con el fuego de su padre. Nueva tempestad estremece la celeste esfera. Solo el invicto Áyax lucha con los males; dirigiendo a la costa sus velas, un rayo corta, al caer, las tendidas cuerdas. Lanza otro certero rayo Palas, imitando a su padre, hiere a Áyax y a su nave y arrastra consigo una parte de la embarcación y con ella al mismo Áyax. Sin conmoverse por nada, medio abrasado ya, lo arrastran las olas a un peñasco; divide el hinchado mar, opone su firme pecho a las olas y arrastra la

nave hacia sí tomándola con la mano. Lanza Áyax siniestros resplandores, en medio de las tinieblas, la dudosa luz de los relámpagos ilumina el piélagos. Por fin, llegando a una roca, grita furioso:

¡He vencido las olas y el fuego, quiero vencer al cielo, a Palas, al rayo y al mar! No me hizo volver la espalda el belicoso Marte, yo solo resistí a Héctor, las flechas de Apolo no me hicieron retroceder un solo paso. Los vencí a todos, vencí a los frigios. ¿He de temer los rayos ajenos lanzados por débil mano?

Cuando iba a decir más, el padre Neptuno hirió con el tridente la sacudida roca, sacó de las aguas la cabeza y arrojó un monte, que al caer arrastró consigo al hijo de Oileo. Fue vencido por la tierra, por el fuego y por el mar. Pero a nosotros, náufragos, nos espera otro género de perdición. Hay una costa, llena de bajíos, donde habita el falaz Cafareo, la rápida corriente cubre los agudos peñascos, el mar se estrella en las rocas y hierven siempre las olas al azotar sus engañosas playas. En la cima hay un elevado alcázar, puesto como atalaya entre los dos mares. A un lado están las costas del Peloponeso y el Istmo, que, encorvándose en el estrecho suelo, impide al mar Jonio unirse con el Egeo. Al otro lado está Lemnos, famosa por sus crímenes, la península Calcídica y Aúlida, que detiene las naves en su puerto. Este alcázar ocupa el hijo de Palamedes y, encendiendo con mano pérfida engañoso fuego en sus torres, conduce la armada a los peñascos. Quedan encalladas las naves en las puntiagudas rocas; las unas quedan sin agua, una parte es arrastrada por la corriente, otra se estrella en los escollos. Otra es arrojada hacia atrás y, rota, se quebranta. Las naves temen ya la tierra y prefieren el mar. Cesó la tempestad a la madrugada. Febo restituyó la luz y el día mostró los estragos de la triste noche.

CLITEMNESTRA: ¿He de llorar o alegrarme por la vuelta de mi esposo? Me alegre, pero siento la gran calamidad del reino. Ven ya, gran padre de los griegos, después de haber sacudido poderosos reinos y haber aplacado la indignación de los dioses. Coronemos de flores nuestras cabezas, la sonora flauta resuene dulcemente y caiga ante las aras la nevada víctima. Pero, he aquí, que se acerca una multitud llena de tristeza, con los cabellos destrenzados. Son las troyanas. Entre ellas viene la Tebea profetisa, agitando el sagrado laurel.

ESCENA SEGUNDA

Casandra. El Coro

EL CORO: ¡Ay, qué dulce mal es para la vida humana el cruel amor, cuando queda un refugio en las desgracias y la muerte llama con libre voz a los des-

dichados! El puerto tranquilo convida con su dulce reposo. No le inquieta el terror ni la inconstancia de la fortuna ni el rayo del severo Tonante. El profundo sueño no teme los tumultos populares ni las iras y amenazas del vencedor ni las hinchadas olas del proceloso mar, ni los fieros escuadrones y la polvorosa nube que levantan los bárbaros ejércitos, al galope de sus corceles, ni el pueblo que sucumbe entre las ruinas de la ciudad, cuando abrasa sus muros el fuego enemigo, ni la indómita guerra. Todo lo vencerá el despreciador de los falsos Dioses. El que ve con alegría las orillas del negro Aqueronte y de la triste Estigia y se atreve a poner fin a su vida será igual al rey, igual a los dioses. ¡Oh, qué desgracia es no saber morir! Yo vi la ruina de mi patria, en aquella funesta noche, cuando el fuego dórico abrasó los dardanios techos. No fue vencida Troya en guerra ni por armas, como cuando sucumbió a las flechas de Hércules. No pudo vencerla el hijo de Peleo y Tetis ni el caro amigo del feroz hijo de Peleo, cuando se vistió con sus lucientes armas y puso en fuga a los troyanos el falso Aquiles o cuando el mismo Pelida llenó de terror los ánimos guerreros y al ver la ligereza de su carro, temblaron las troyanas en sus altas murallas. Perdió Troya en los males la última gloria, la de ser vencida gloriosamente. Resistió Ilión por diez años, para ser vencida en una sola noche. Así lo quisieron los hados. Vimos los dones fingidos, el enorme caballo, introdujimos crédulamente en la ciudad el fatal don de los Dánaos y tembló muchas veces en el umbral de la puerta el caballo, que llevaba escondidos en sus entrañas los reyes y la guerra. Fueles lícito hacer traiciones para que los Pelasgos cayesen en sus mismas redes; muchas veces resonaron los costados sacudidos y un sordo rumor hirió nuestros oídos. Rugía Pirro, hijo de Aquiles, no obedeciendo al engañoso rey de Ítaca. Libre de temor, la juventud troyana gustaba de tocar las sagradas cuerdas. Por una parte guía el escuadrón varonil Astianax, con sus iguales en edad, por otra el de las doncellas, Polixena, desposada con Aquiles, sobre la hoguera Hemonia. Las matronas alegres ofrecían sacrificios a los dioses, los ancianos cercaban los altares. Toda la ciudad estaba llena de alegría. Y lo que nunca vimos desde la muerte de Héctor, alegre está la misma Hécuba. ¿Por qué, infeliz dolor, quieres llorar el primero y el último estrago? Las murallas fabricadas por mano de los dioses fueron destruidas por la nuestra. ¿Lloraré sobre las ruinas de los templos abrasados con las imágenes de los dioses? No puedo llorar estos males. A ti, gran rey, a ti lloran las Troyanas. Yo vi, yo vi al viejo degollado y la espada de Pirro teñida apenas en su escasa sangre.

CASANDRA: Contened las lágrimas, que derramáis en todo tiempo y vosotras, oh Troyanas, llorad vuestros propios funerales con gemidos y lamentos. Mis desgracias rehúsan compañía, no lloréis mis infortunios, yo basto para llorar mis males.

EL CORO: Cosa dulce es mezclar las lágrimas con las lágrimas; los cuidados secretos atormentan más a los que los padecen, gustoso es llorarlos juntos, pues aunque seas una doncella fuerte y sufridora de los trabajos, mal podrás llorar tantas ruinas. Ni el ave quejosa de Edén, que canta dulcemente posada en una rama, cuando llega la primavera, ni la que, sobre los techos del Bistonio, repite la traición impía del cruel marido, podrán llorar dignamente las lágrimas de tu casa. Ni podrá llorarlas el nevado cisne, que mora en las orillas del Caistro, ni los Alciones, aunque hagan resonar su plañidero canto, moviendo blandamente las cerúleas ondas, cuando, sin confiarse del tranquilo mar, se entreguen audaces a la corriente y, temerosas, dan calor a sus polluelos en el trémulo nido. Aunque, imitando a los Coribantes, despedace triste los brazos la multitud que hiere su pecho, en honor de la Diosa Madre, al son de la ronca flauta de boj, llorando al frigio Atis. No hay moderación en las lágrimas, oh Casandra, porque nuestros males exceden ya de la medida. Más ¿por qué arrancas de tu cabeza las sagradas vendas? Creo que los infelices deben honrar más que nadie a los dioses.

CASANDRA: Mis males han vencido ya todos los temores, ya no hago súplica ninguna a los dioses y aunque quieran atormentarme no tienen con qué. La misma fortuna ha agotado sus fuerzas. Ni tengo patria, ni padres ni hermanos. Los sepulcros y los altares han consumido mi estirpe. ¿Qué es de aquella multitud de hermanos? Todos han perecido, han dejado vacía la casa del infeliz anciano, todas mis nueras, menos la Espartana, han quedado viudas. Aquella madre de tantos reyes, y reina de los Frigios, aquella Hécuba, fecunda para la ruina de Troya, experimentó las consecuencias de su nueva suerte, tomó un aspecto feroz. Ladró rabiosa, cerca de las ruinas de Ilión. Ella sola sobrevivió a Troya, a Príamo y a sí misma.

EL CORO: Calla de repente la profetisa, la palidez cubre sus mejillas, un temblor continuo se apodera de su cuerpo. Arroja las vendas, se erizan horriblemente sus cabellos, su anhelante pecho lanza ronco murmullo, sus ojos vagan inciertos y los vuelve hacia atrás, de nuevo quedan horriblemente fijos. A veces levanta al cielo su cabeza, más alta que nunca y camina con la frente alzada. Otras se dispone a hablar, luchando consigo misma. Otras apenas puede contener la voz la profetisa agitada por el dios.

CASANDRA: ¿Qué nuevo furor arrebató mi mente? ¿a dónde me arrastráis fuera de mí? ¿a las sagradas cumbres del Parnaso? Apártate, Febo, que no soy tuya. Apaga esas llamas, que has encendido en mi pecho. ¿A dónde voy fuera de mí? ¿a dónde voy, furiosa? Ya pereció Troya, ¿qué hago yo, falsa profetisa? ¿Dónde estoy? Huye de mí la luz, la negra noche oscurece mis ojos y el cielo se esconde entre las tinieblas. Pero, he aquí, ya brillan dos soles en el día y la doble Argos levanta dos palacios. Veo los bosques del

Ida, sentado está el fatal pastor, como juez entre las tres diosas. Temed, oh, reyes, al hijo fugitivo. Aquel agreste alumno (hijo de los montes) destruirá su linaje. ¿Por qué empuña esa loca el dardo en su femenil mano? ¿Contra quién se dirige esa espartana, armada como las Amazonas? ¿Qué nuevo espectro se presenta a mi vista? El vencedor de las fieras yace herido en el cuello, el león de Mármara, mordido por cobarde diente, ha sido despedazado por la feroz leona. ¿Qué me queréis, sombras de los míos, a mí, única que os he sobrevivido? A ti sigo, oh, padre sepultado en Troya. ¡Oh, hermano Héctor, auxilio de los frigios y terror de los griegos, no veo tu antigua gloria ni las naves abrasadas, sino tus destrozados miembros y tus fuertes brazos heridos y atados con pesadas ligaduras! A ti sigo, oh Troilo, que te atreviste a combatir demasiado pronto con Aquiles. Incierto es tu semblante, oh, Deífobo, nuevo favor es de tu esposa. Quiero penetrar en la misma Estigia, quiero ver el feroz custodio del Tártaro y los reinos del avaro Plutón; esta barca llevará hoy las reales sombras al antro de Flegetonte, a la vencedora y a la vencida. A vosotras, oh, sombras, invoco, a ti, laguna por la cual juran los inmortales. Abrid un poco las puertas del negro infierno para que la turba de los frigios vea al rey de Micenas. Esperad, infelices, los hados se vuelven atrás. Amenazan las escuálidas hermanas, sacuden el sangriento azote, llevan en la izquierda las medio apagadas antorchas, arden sus pálidas mejillas y el vestido del negro funeral rodea su cuerpo descamado. Rugen los nocturnos espectros y los huesos del vasto cuerpo, corrompidos por la larga sequedad, yacen en la cenagosa laguna. Y he aquí un viejo cansado, que no puede beber las aguas, que se escapan de su boca, olvidado de la sed, triste con su futuro aniquilamiento. El padre de las troyanas se llena de gozo y camina con alegres pasos.

EL CORO: Ya se ha consumado este furor. La profetisa ha caído, como la víctima herida ante las aras, dobla su cerviz y cae. Por fin llega Agamenón, ceñido con el laurel de la victoria. Su esposa sale a recibirlo y llegan a juntarse con ligeros pasos.

Fin del acto tercero

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Agamenón y Casandra

AGAMENÓN: Por fin vuelvo salvo a los patrios lares. Salud, tierra querida, a ti ofrecen sus despojos tantas naciones bárbaras, para ti sometí en otro tiempo, con feliz victoria, a Troya, cabeza del Asia. ¿Por qué esta profetisa, tendida en tierra y temblando, deja caer su lánguida cabeza? Esclavos, levantadla. Reanimadla con fresca leche. Ya miran la luz sus trémulos ojos. Despierta tus sentidos. Ya hemos llegado al puerto feliz de nuestros trabajos. Hoy es un día feliz.

CASANDRA: También fue día de fiesta para Troya el día de la entrada del caballo.

AGAMENÓN: Veneremos los altares.

CASANDRA: Ante las aras sucumbió mi padre.

AGAMENÓN: Invoquemos juntos a Jove.

CASANDRA: ¿A Jove Herceo?

AGAMENÓN: ¿Te parece que estás en Troya?

CASANDRA: Y me parece también que estoy viendo a Príamo.

AGAMENÓN: Aquí no está Troya.

CASANDRA: En donde está Helena, juzgo que está Troya.

AGAMENÓN: No temas a tu señora, esclava.

CASANDRA: Ya se me acerca el tiempo de la libertad.

AGAMENÓN: Vive segura.

CASANDRA: Mi seguridad es la muerte.

AGAMENÓN: Ningún peligro te amenaza.

CASANDRA: A ti, uno muy grave.

AGAMENÓN: ¿Qué puede temer el vencedor?

CASANDRA: Lo que no teme.

AGAMENÓN: Fieles esclavos, contened a esta cautiva, hasta que salga de su pecho el Dios, no sea que intente algo en su ciego furor. Yo voy a ofrecer sacrificios de reses y quemar arábigos perfumes, en honor tuyo, oh, padre, que arrojas el rayo destructor, que gobiernas las nubes del cielo, las estrellas y la tierra; a ti ofrecen sus despojos los vencedores y a ti también, Argólica Juno, hermana del dios omnipotente.

ESCENA SEGUNDA

CORO DE ARGIVOS: Argos, noble entre las nobles ciudades, Argos, amada por la iracunda madrastra, tú produces siempre varones esforzados, tú igualaste el número desigual de los dioses. Por ti, el fuerte Alcides mereció subir al Olimpo, después de sus doce trabajos, Alcides, por quien Júpiter rompió las leyes de la naturaleza, alargando las horas de la fría noche, mandando a Febo retardar sus veloces cuadrigas y a ti, oh, casta Luna, detener los frenos de tu carroza de cristal. Detúvose también la estrella que muda alternativamente de nombre y se admiró de ser llamada Héspero; la aurora movió su cabeza soñolienta, más tarde de lo acostumbrado, y se levantó apoyándose en el hombro de su anciano marido. Conoció el Oriente, conoció el ocaso que nacía Hércules. Aquel forzudo no podía ser engendrado en una sola noche. Se detuvo el mundo admirado de ti, oh, niño, que habías de subir al excelso cielo. Tus pasos siguió el fulminante león de Nemea, atado con estrecho lazo y la cierva Parrasia. Tu fuerza experimentó el desolador del arcadio suelo y gimió el toro antes de dejar los campos Dicteos. Con muerte domeñó al fecundo dragón y, cortando su cabeza, impidió que se reprodujera. Venció impávido a los dos hermanos unidos monstruosamente por el pecho. Llevó hasta el Oriente los bueyes de España (Hesperia) los despojos del triforme Gerion. Llevó el ganado de Tracia, al que no apacentaba el tirano en las orillas del río Estrimón o en las riberas del Hebro. Derramó cruel la sangre de su huésped en los horribles establos y los tiñó por última vez con la sangre del auriga. Vio el feroz Hipólito que le arrebatava el arco y las saetas. Rota una nube, las aves de Stinfala cayeron del alto cielo. El árbol de las doradas manzanas, no acostumbrado a ser tocado, temió su mano y huyó por los aires, aligeradas sus ramas del peso de los dorados frutos. Oyó el crujido de la estallante llama el frío guarda, que no conocía el sueño, a tiempo que Alcides dejaba el bosque, cargado con el rojo metal. Llevado al cielo el perro de los infiernos, atado con triple cadena, no se atrevió a ladrar por ninguna de sus tres bocas, temiendo la luz desconocida. Bajo tu protección pereció la mentirosa casa de Dárdano y sintió de nuevo el temible arco. Bajo tus auspicios, sucumbió Troya en tantos días como años.

Fin del acto cuarto

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Cassandra

Una escena terrible para dentro del palacio, van a ser vengados los diez años. ¡Ay! ¿qué es esto? Esfuérgate, corazón mío, y recibe el premio de tu furor. Los troyanos vencidos somos hoy los vencedores. Está bien, resucitas, oh Troya, arrastraste en tu caída a Micenas, tu vencedor vuelve las espaldas. Nunca la inspirada mente ha mostrado tan claros los sucesos futuros. Lo veo, asisto a ello y me gozo en la venganza. La dudosa imagen no engaña mi vista. Lo veo, el banquete celebrado en el palacio real, semejante al último festín de los troyanos; brilla el lecho cubierto con la púrpura de Ilión, y se sirve el vino en la copa de oro del antiguo Asaraco. Él mismo, colocado en la parte más alta, está adornado con vestiduras recamadas, llevando en su cuerpo los soberbios despojos de Príamo. La fiel esposa le ordena quitarse el traje guerrero y vestir una bordada túnica. Tiemblo, me estremezco. ¿Un desterrado, un adúltero matará al rey, al esposo? Se cumplen los hados, las últimas mesas serán teñidas con la sangre del monarca y esta manchará el vino. La pérfida Clitemnestra lo entregará atado a una muerte segura. El traje que viste le impide sacar las manos y estrechan su cabeza los sueltos y apartados pliegues. Egisto atraviesa su costado, con trémula diestra. No penetra mucho su acero, se detiene en medio de la herida. Pero Agamenón, como el jabalí erizado, en las ásperas selvas, cuando preso en la red, intenta romperla todavía y estrecha (aprieta) sus ligaduras con el movimiento y se enfurece atado, así desea romper los lazos que le oprimen y sujeto, busca a su enemigo. La hija de Tíndaro arma su diestra con la segur y así como el sacerdote señala con la vista el cuello de las víctimas que ha de sacrificar, así Clitemnestra dirige aquí y allí su pérfida mano. Ya lo ha conseguido: la cabeza mal cortada pende todavía de los hombros y por una parte, la sangre inunda el tronco, mientras por otra expira la cabeza dando un rugido. Todavía no se apartan; Egisto acomete y destroza el cuerpo ya exánime, ella secunda al homicida. Los dos son dignos de tal crimen, hijo el uno de Tiestes, hermana la otra de Helena. El sol se detiene en medio de su carrera, dudando si seguirá su camino o el de Tiestes.

ESCENA SEGUNDA

Electra. Estrofo. Orestes

ELECTRA: (A Orestes): Huye, único auxilio de mi padre, tú vengarás su muerte. Huye y evita las sangrientas armas de tus enemigos. Mi casa está destruida, el reino ha perecido, ¿qué carro lleva una carrera más precipitada? ¡Oh, hermano! Yo te ocultaré con mis vestidos. ¿A dónde huyes, ánimo furioso, huyes a los extraños? Temible es tu casa, depón ya el temeroso miedo, Orestes, allí veo un fiel amigo.

ESTROFIO: Dejando la Fócida, yo, Estrofo, vuelvo adornado con la elea palma. La causa de mi venida fue felicitar a mi amigo, a cuya fuerte mano sucumbió Troya, cabeza del Asia, después de un sitio de diez años. ¿Quién es esta doncella, cuyo semblante está cubierto de lágrimas y que, llena de tristeza, camina con paso precipitado? Reconozco a la hija del rey. Es Electra. Dime, ¿qué causa de llanto hay en tu casa, hoy tan alegre?

ELECTRA: Mi padre ha perecido por la traición de mi madre, buscan a mi hermano, para hacerle sufrir la suerte de su padre. Egisto ocupa el palacio, comprado con el adulterio.

Estro: Nunca hay felicidad completa sobre la tierra.

ELECTRA: Te ruego por la memoria de mi padre, por su cetro respetado en Grecia, por los dioses, que nos han sido tan adversos, que acojas a Orestes y recibas este piadoso encargo.

ESTROFIO: Aunque Agamenón enseña que es temible la muerte, ocultaré con gusto a Orestes. Las prosperidades piden fidelidad, las adversidades la exigen. Toma este laurel, premio de la olímpica contienda. Teniendo en la mano la vencedora oliva, proteja tu cabeza este ramo y esta palma, don del Piseo Júpiter. Te servirá de velo y de defensa, y tú, oh, Pílates (a Pílates, que lo acompaña), que diriges el carro de tu padre, aprende de él la fidelidad. Grecia vengará este crimen. Oh, vosotros, veloces caballos, huid con paso veloz de estos lugares funestos.

ELECTRA: Se retiró; su carro huye de este campo con ímpetu veloz; esperaré ya sin temor a mis enemigos y ofreceré a la muerte mi cabeza. Aquí está la sangrienta vencedora de su esposo; todavía lleva en sus vestidos las señales del crimen; sus manos están todavía manchadas con la reciente sangre y su mirada terrible manifiesta la agitación del crimen. Me retiraré al altar, permite, oh Casandra, que ciña mi cabeza con tus vendas. Me parece que te espera una suerte tan terrible como la mía.

ESCENA TERCERA

Clitemnestra. Electra. Egisto. Casandra

CLITEMNESTRA: Enemiga de tu madre, mujer audaz e impía ¿cómo asistes a las reuniones públicas siendo aún una doncella?

ELECTRA: Porque lo soy he dejado la casa de los adúlteros.

CLITEMNESTRA: Habla con más modestia a tu madre.

ELECTRA: ¿Yo hija tuya? ¿Tú me enseñas la piedad?

CLITEMNESTRA: Tienes alientos demasiado varoniles, pero ya aprenderás, con la desgracia, a obrar como las mujeres.

ELECTRA: Si no me engaño, a las mujeres, les conviene el hierro.

CLITEMNESTRA: Y tú, loca, ¿quieres ser igual a nosotros?

ELECTRA: ¿A vosotros? ¿Quién es tu nuevo Agamenón?

CLITEMNESTRA: Yo castigaré, como reina, palabras tan impías e insolentes en una doncella. Entretanto, dime al punto dónde está mi hijo, dónde está tu hermano.

ELECTRA: Salió de Micenas.

CLITEMNESTRA: Vuélveme mi hijo.

ELECTRA: Vuélveme, tú, mi padre.

CLITEMNESTRA: ¿Dónde está Orestes?

ELECTRA: En parte segura, donde no teme al nuevo rey. Esto es bastante para una madre justa, aunque airada.

CLITEMNESTRA: Hoy morirás.

ELECTRA: Con tal que muera a tus manos, me aparto de los altares. Si quieres sepultar el hierro en mi pecho, te lo presento gustosa; si quieres cortar mi cuello, como a las víctimas, mi cerviz doblada espera el golpe. El crimen está consumado, lava en mi sangre tu diestra teñida en la de tu marido, manchada con la de tu monarca.

CLITEMNESTRA: ¿Te alegras de esto, Egisto, compañero en mis peligros y en mi reino? Mi hija ha insultado de palabra a su madre y tiene escondido a su hermano.

EGISTO: Doncella furiosa, sella tu boca, que ha proferido palabras tan indignas de llegar a los oídos de tu madre.

ELECTRA: ¿También me reprende el artífice del nefando crimen? Tú que has conseguido un nombre ambiguo por tus crímenes, hijo de tu hermana, nieto de tu padre.

CLITEMNESTRA: Oh, Egisto, ¿por qué dudas en cortar con el hierro esa impía cabeza? Que restituya a su hermano o que sea encerrada en una oscura cárcel, atormentada con todo linaje de suplicios durante toda su vida, tal vez querrá entregar al que ahora oculta cuando se vea pobre, desterrada, encerrada en una cárcel, privada siempre de marido, aborrecida por todos, negándola hasta la luz del día. Pronto sucumbirá a sus males.

ELECTRA: Dame la muerte.

CLITEMNESTRA: Si la rehusases, te la daría. Necio es el tirano que impone la muerte como pena.

ELECTRA: ¿Hay algo más duro que la muerte?

CLITEMNESTRA: La vida, si quieres morir. Llevad, esclavos, a ese monstruo, conducidla fuera de Micenas, al último extremo del reino, encadenadla, sepultadla en la perpetua noche de una tenebrosa caverna, para que su indómita condición sea domeñada en una cárcel. En cuanto a esta cautiva esposa, consorte del regio tálamo, sea castigada con la muerte. Arrastradla para que siga la suerte del marido que ella me arrebató.

CASANDRA: No me llevéis, yo misma iré delante de vosotros, a dar a los troyanos la noticia de que el mar ha tragado las naves; que Micenas ha sido destruida, que el rey de los reyes, el jefe de mil guerreros, ha sucumbido por engaños de su mujer, para que sufriera la suerte, que los hados destinaron a Troya. No nos detengamos, llevadme, os doy las gracias. Ya he vivido bastante, quiero morir después de Troya.

CLITEMNESTRA: Muere, furiosa.

CASANDRA: También os dominará el furor a vosotros.

Fin de la tragedia

Acerca del autor

Lucio Anneo Séneca

Filósofo y escritor hispanorromano, nacido en Córdoba. Fue un contemporáneo de Jesús. Residió en Roma, en la corte de los emperadores Calígula, Claudio y Nerón, del cual fue nombrado preceptor. Se supone que los primeros cinco años ordenados del gobierno de Nerón se debieron a la guía de Séneca, que, con los años, fue perdiendo el dominio y ganando la envidia del emperador por su riqueza. Luego de apartarse de la corte, se dedicó a la filosofía y escribió tragedias, hasta que, por haber sido complicado en una conspiración, fue inducido por Nerón a suicidarse. Es el representante del "estoicismo nuevo". A lo largo de los siglos, atrajo a varios dramaturgos por su estilo retórico, sus cualidades reflexivas e introspectivas y sus ideas de crimen, horror y venganza.



Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.